

sonaron las bandas militares; presentó la tropa las armas; abriéronse las puertas del templo; apareció una gran comitiva, que se formó en el atrio para recibir al padre santo; oyéronse los vivas mas cerca; descubrióse la muchedumbre que inundaba la plaza; arrodillóse mucha gente; empezaron á aparecer carruajes pontificios, de los que se fué apeando la alta servidumbre del papa; hasta que por último apareció en la plaza el coche en que venia Pio IX.

Los vivas y los aplausos atronaron el aire. Por todas partes no se veían sino pañuelos flotantes y sombreros levantados por alto... Y la música tocaba una marcha magestuosa, y el coche adelantaba lentamente, y dentro de él veía yo ya al sumo pontífice, vestido sencillamente, con hábitos blancos y sombrero pastoral del mismo color.

A pesar de este traje y de las bendiciones con que contestaba á los saludos del pueblo, ni por un momento consideré hoy á Pio IX bajo el punto de vista de su potestad eterna. Y era que me acordaba de cuando lo vi en San Pedro con todo el aparato del gran sacerdote. Hoy la escena era muy distinta: en lugar de las andas, el carruaje; en vez de las trompetas místicas, la banda militar; donde entonces un ejército de obispos, ahora la fuerza armada; ayer oraciones y golpes de pecho; hoy vítores y palmadas...—No: esta tarde no veía al pontífice; veía al rey.

—¡Viva el *pontífice rey*! gritaba al mismo tiempo la turba como respondiendo á mis ideas.

Y no hubo mas: el papa se apeó y penetró en la iglesia: la multitud se apiñó en su seguimiento, atropellando á su vez á la tropa: yo consideré imposible abrirme paso hasta la puerta del templo, y como empezase á anochecer y me esperaban en otra parte, me dirigí hácia el *Corso* por la plaza de Venecia, dándole vueltas en mi imaginación á todo lo que acababa de observar.

Finalmente, esta noche, á eso de las once, la tertulia española del *Café Grecco* se ha reunido á cenar en la famosa *Trattoria de Lepre*. Caballero y yo hemos sido invitados. Se trataba de despedir el año de 1860 y saludar el de 1861. Allí estaban todos los artistas y viajeros que te nombré el otro día. Afectuosos brindis se han cruzado de un extremo á otro de la mesa, siendo el primero de todos, y el mas aplaudido, uno concebido en estos sencillos términos:

—¡A nuestra querida España!

Cuando dieron las doce de la noche, todos nos pusimos de pie.

—¡Año nuevo! exclamamos levantando las copas. ¡A la salud de nuestras familias!

Habia allí jóvenes que están ausentes de la patria hace tres y cuatro años. La emoción era inmensa: la solemnidad gozosa de aquel momento presentaba intervalos de infinita tristeza, de silenciosa melancolía.

—¡Por el arte! ¡Por el logro de nuestras esperanzas! exclamaban los desterrados.

¡Por el arte!—¡El arte era su verdugo y su consuelo; su faena y su descanso; su cruz y su alegría!...

Algunos momentos despues nos separábamnos y nos despediamos en la *Via Condotti* con no sé qué afectuosa seriedad, presagio de una noche de amargas cabilaciones, diciéndonos no muy confiadamente por cierto:

—¡Buen año! ¡Feliz año! ¡Muchos años!

¡Los años!... Yo dejo aquí la pluma para pensar en ellos.

Con que hasta pasado mañana, que te escribiré mi visita al santo padre.

## VIII.

## Visita al Papa.

Roma 2 de enero de 1861.

Si quieres tener una idea de lo que he pensado y sentido esta mañana, al despertar, al vestirme y al emprender el camino del Vaticano, acuérdate de las emociones que te agitaron cada vez que saliste de tu casa para ir á confesar.

Igual temor, igual respeto, igual recogimiento. No pensaba; sentía. Todo lo que habia meditado y leído en mi corta vida, se me habia olvidado como por encanto. Era otra vez niño. Esperimentaba con una viveza indefinible las mismas sensaciones que agitaban mi alma cuando todo era maravilloso para mí sobre la tierra. Habia soñado; habia delirado; y despertaba de pronto en el umbral del templo en que recibí el agua del bautismo; y me encontraba con mi corazón de entonces; y lo reconocía como se reconoce á un hermano que ha viajado largo tiempo; y veía abrirse ante mis ojos los dos simbólicos caminos, de los cuales el uno conduce á la salvación y el otro á la perdición eterna.

Tal es el hombre. Edificad quiméricos alcázares sobre el cimiento cristiano enterrado en su corazón por sus padres y maestros... Llegará un día,—el día del dolor, el día de la felicidad ó el día de la muerte,—y se hundirá el fantástico edificio, y encontrareis inmóviles en su asiento las primeras creencias de la infancia.

Sean accidentales estos fenómenos, sean puramente fisiológicos, su certeza es indudable; y como quiera que se verifican en nuestro ser, debemos prestarles la misma atención y tributarles el mismo respeto que á nuestras elucubraciones filosóficas.

En tal disposición de espíritu, yo no consideraba esta mañana sino una cosa: que iba á cruzar mi palabra pecadora con la que abre ó cierra las puertas del cielo, con la palabra que castiga ó perdona, que excomulga ó dispensa, que condena ó redime...

Y como soy malo, tenia miedo.

La corte pontificia se abrió ceremoniosamente en dos filas, como desfilando á la honra que iba á caberme de hablar con el vicario de Jesucristo.

Yo pasé por entre aquellos poderosos señores, tan turbado y confundido, que me parecía que no tocaba con los pies en la tierra.

Mira si hago sacrificios de vanidad; mira si soy explícito y sincero, con tal de que conozcas los mas nimios pormenores de una tan importante visita; con tal que puedas figurarte que has sido tú mismo el que la ha hecho.

Llegábamos á la mampara.

Una vez allí, un familiar levantó la cortina; otro abrió la puerta; y el sacerdote que me habia guiado, me hizo un profundo saludo; indicóme con un ademán que entrara solo, y añadió estas sencillas palabras:

—Ahí está Su Santidad.

Con lo cual se cerró la puerta detrás de mí, y me encontré en una pequeña, triste y modestísima estancia.

En frente de la puerta por donde habia entrado, (al lado de la cual permanecí dos segundos inmóvil é indeciso,) se veía otra mampara abierta de par en par, que daba á un alegre aposento bañado por el sol.

«Allí será» pensé, y di un paso en aquella direccion.

Pero en esto oí á mi derecha, y ya detrás de mí, una voz apacible que decia:

—*Benedicat te Dominus...*

Me volví sobresaltado.

El papa se hallaba en la misma habitacion donde yo me creía solo.

No lo habia visto en medio de mi confusion, porque Su Santidad estaba sentado delante de un bufete dando la espalda á la misma pared donde se hallaba la puerta por donde yo habia entrado.

Me arrodillé, segun el ceremonial que me habian prescrito, y Pio IX repitió afablemente su bendicion, bendiciéndome tambien con la mano.

Hice la segunda y la tercera genuflexion, acercándome á S. S.; y ya me disponia á besarle la sandalia, cuando sonrió levemente, con una afabilidad esquisita, é interponiendo su mano derecha, dióme á entender que se la besara en lugar del pié, y que me levantase.

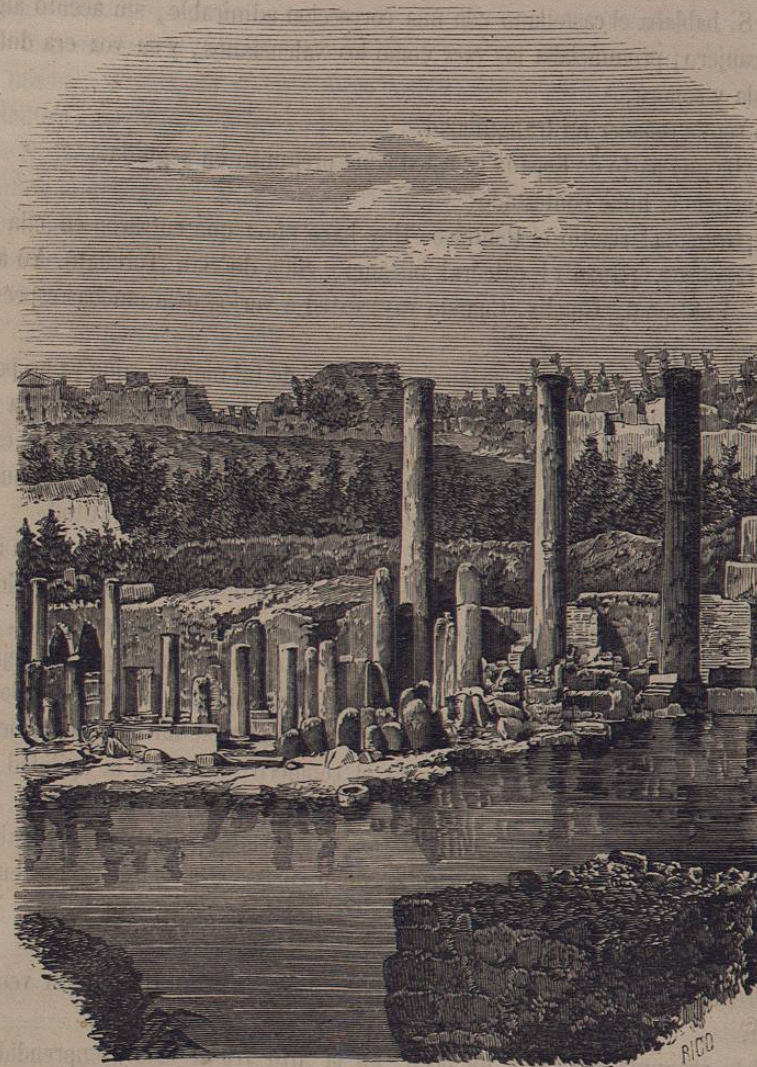
Así lo verifiqué.

Pio IX estaba sentado, como he dicho, detrás de un bufete, sobre el que se veía un gran crucifijo de ébano y plata, una escribanía, un breviario, y algunos papeles.

Cuando entré, S. S. leía en un libro en rústica (alguna publicacion reciente), que iba abriendo ó cortando con una plegadera de marfil, la cual soltó para alargarme la mano, volviendo á cogerla en seguida con un movimiento maquinal.

Yo esperaba á que me hablase, para atreverme á fijar los ojos en su rostro. Entre tanto, reparaba de un modo vago y pueril, en el solideo blanco del Santo Padre, en su muceta y su capisayo, blancos tambien, en sus hermosas manos y

(cosa rara... que demuestra mi afán de encontrar al hombre al través del Pontífice!) en que el cuello de la muceta estaba un poco desaseado, de ludir con los sedosos cabellos blancos de S. S.



Templo de Serapis, cerca de Nápoles.

El conjunto de aquella figura, su albo ropaje talar, la mansedumbre de su actitud, su aire tranquilo, natural y franco, la modestia de la habitacion... todo respiraba paz, humildad y ternura.

Mientras yo observaba y discurría estas cosas, apenas habrian pasado ocho segundos, durante los cuales S. S. miró un papel, que sin duda era la peticion

A medida que avanzaba hacia el Vaticano, nublábase mas y mas mi entendimiento y mi memoria, y relucía con mayor brillo en mi corazón aquella potestad suprema á cuyos pies iba á arrojarme.

Piensa,—vuelvo á decirte,—en lo que espermentas al ir á confesar.

Yo no iba á confesarme con el papa. Iba á cumplir un deber de cristiano peregrino. Tampoco me movía la curiosidad. Movíame la ardiente sed de lo infinito, de lo eterno, de lo absoluto, que nos lleva á todos á tantas otras cosas.— Además, tenía que pedirle á S. S. que bendijese un rosario destinado á mi madre y que le aplicase la indulgencia plenaria para la hora de la muerte.

Y ahora me ocurre una consideración muy luminosa en que no me había fijado en todo el día. Yo no iba solo al Vaticano: yo no podía disponer de mí mismo: yo tenía que pensar y sentir, sumándome con toda mi familia. Obraba en su nombre; estaba obligado á darle cuenta de mis actos; debía resumir y personificar sus afectos.

Perdóneme, amigo mío, este cruel análisis, y no veas en él los últimos estremecimientos de la soberbia. Ve lo que hay: buena voluntad en las intenciones, y sinceridad en las palabras.

He creído deber contarle todo, y así lo he hecho.—Ahora continúo.

Llegado á la plaza de San Pedro, penetré bajo la columnata circular de la izquierda, al fin de la cual empieza una estensa galería, que termina en la magnífica *Scala regia*, decorada por Bernin con vistosísimas columnas.

Al pie de aquella escalera, volví á ver á los suizos ó alabarderos del papa, con su pintoresco traje de rayas amarillas, rojas y negras, inventado por Rafael.

Subí: al llegar al primer piso del palacio, un empleado lego se enteró del objeto que me llevaba, y me dijo que siguiese subiendo, pues S. S. habitaba en el piso segundo.

El Vaticano es inmenso: ya te lo describiré al salir: entonces no estaba para reparar en cosa alguna.

En el segundo piso la servidumbre era ya eclesiástica: á lo menos vestía ropa talar de color morado. Mostré la comunicación en que se me concedía la audiencia, y fui introducido en una vasta y no muy espléndida antecámara, en la que me pidieron el sombrero y me dijeron que me quitase los guantes, haciéndome pasar en seguida á un gran salón cuadrado, en el cual me dejaron solo, no sin advertirme que podía sentarme.

Aquel salón era mas suntuoso; pero todavía modesto. Adornábanlo un trono, sobre el que se veían la tiara y las armas pontificias; dos colosales braseros encendidos en cuyas alambreras estaba modelada también la tiara; tres grandes consolas con relojes del gusto de Napoleón I, y alfombras, tapices y divanes encarnados.

De vez en cuando cruzaban por delante de mí algunos graves personajes, yendo ó viniendo desde la puerta por donde yo había entrado hasta otra que había al fondo del salón, en el testero derecho.

Casi todos los que entraban ó salían vestían de morado con vivos rojos; algunos, de rojo solamente; muy pocos de negro;—pero siempre traje talar.

Eran cardenales, arzobispos, obispos, y otros altos dignatarios de la corte pontificia. Varios de ellos iban acompañados de otros sacerdotes que llevaban grandes legajos. Sin duda eran los ministros y sus secretarios.

Cien veces me levanté para saludar á tan elevados personajes, y cien veces volví á sentarme y á quedar solo, entregado á mis pensamientos.

No es decible lo que revolvi en mi cabeza de conjeturas, de reflexiones y de recuerdos durante la media hora que permanecí en aquel salón. La luz del sol que lo alumbraba, los muebles, las cortinas, el trono (en que me senté furtivamente,—confieso mi pecado),—el silencio que reinaba, los pasos que lo interrumpían á veces, las personas que iban y venían, el compás de los relojes, la presencia de mi familia en mi imaginación; todas estas cosas y otras muchas daban pábulo á mis ideas y convirtieron en una eternidad aquellos treinta minutos de espera.

Al cabo de este tiempo salió de la habitación de la derecha, donde yo suponía al papa, un sacerdote, vestido de morado como toda la servidumbre pontificia, y se dirigió á mí; me preguntó mi nombre; consultó un papel; me dijo que esperase otro poco, y se volvió á marchar por donde había venido.

Desde entonces temblé, no sé si de temor ó de impaciencia, si de respeto ó de efusión cariñosa.—Ya no podía retroceder. El papa sabía que estaba yo allí. Algo semejante á lo que sentí en aquel momento experimentarían los mortales el día del juicio al verse llamados á la presencia de Dios.

Poco rato despues volvió el sacerdote y me dijo que lo siguiera.

Así lo hice, y entramos por la puerta en que desde luego me había fijado.

Ya estaba tranquilo; pero en cambio había dejado de pensar tan absolutamente, que no se me ocurría una sola palabra que decir al santo padre.

Por fortuna el sacerdote me dijo:

—Si trae usted algun objeto para que lo bendiga S. S., llévelo usted en la mano.

Yo saqué el rosario destinado á mi madre.

La habitación en que habíamos penetrado era cuadrilonga, mas pequeña que la anterior y de aspecto un poco mas suntuoso.

Al extremo de ella había diez ó doce sacerdotes, prelados en su mayor parte, y dos cardenales de avanzada edad.

Todos conferenciaban de pie, en voz sumamente baja, formando un solo grupo cerca de una mampara de damasco encarnado, medio cubierta por una cortina de terciopelo carmesí.

En la cortina y en la mampara relucían las armas de la Iglesia.

Todo esto lo ví de una ojeada, adivinando desde luego que por aquella mampara se entraba al despacho de Pío IX.

Mi guía no se detuvo, y yo continué marchando en su seguimiento.